

§ 130.

El hombre considerado como totalidad somático-psíquico-espiritual

A pesar de las diferencias que median entre alma y cuerpo, ambos constituyen un todo homogéneo, aunque rico en divergencias. La primacía le corresponde al alma. El espíritu, ley configuradora del cuerpo.

El espíritu, ley configuradora del cuerpo

1. *El alma espiritual es por sí misma la forma substancial del cuerpo* (Dogma: Concilio de Viena contra las enseñanzas de Pedro Juan Olivi, año 1311, D. 481).

Es el alma la que convierte la materia en cuerpo humano. El alma determina, estructura e informa la materia de tal modo, que ésta deja de ser materia puramente vegetativa o animal y pasa a ser cuerpo humano. Sólo la materia informada por el alma, sometida a la ley y fuerza estructurante del alma, es cuerpo humano. La materia que ha dejado de depender de la fuerza informante del alma deja de pertenecer al número de los miembros del cuerpo humano, aun cuando siga conservando durante algún tiempo la forma externa; por ejemplo, en el caso de la amputación de una mano o de una pierna. Debido al alma es el hombre lo que es, aunque el alma no sea el hombre entero; debido a ella, son humanas las obras del hombre, y debido al alma, hasta el comer y el beber se distinguen de semejantes operaciones de los animales.

Ph. Dessauer dice que el alma es *capaz del cuerpo* (*capaz corporis*, capaz de in-corporarse, de in-corporación) y que posee *potencialidad corpórea* (poder o fuerza de unirse con el cuerpo y de dirigirlo), distinguiéndose de este modo de los ángeles y del demonio. Dessauer sigue diciendo: "El que el alma sea capaz del cuerpo significa que la pequeña masa que es el plasma del huevo fecundado puede llegar a ser el punto de partida de un desarrollo que conduce hasta las inimaginables complicaciones morfológicas del cerebro humano, para citar un ejemplo. En la masa plasmática no hay nada que haga ya referencia a lo futuro. De antemano, el principio vital tiene que poseer la capacidad de desarrollar la materia con sus fuerzas y posibilidades hasta este complicado grado de madurez. Esta fuerza vital tiene que ser única. Tiene que dominar los procesos vitales vegetativos lo mismo que los procesos sensitivos y, en el hombre, también los procesos espirituales, porque todos estos procesos están coordinados entre sí. La capacidad de cuerpo presupone en el alma cierto grado de parentesco con el cuerpo. Y la anteposición que implica la capacidad de cuerpo demuestra, viceversa, que también la materia posee cierto parentesco psíquico. Sólo de este modo puede realizarse la unidad del ser viviente. Eso mismo sucede en el hombre. El cuerpo humano es la imagen o símbolo del alma, muestra el alma de una manera simbólica. También el cuerpo vegetativo y el cuerpo del animal presentan una coordinación simbólica en relación con el alma humana. También la planta y el animal están emparentados con el alma del hombre. Pero cuando el alma humana ha convertido en organismo lo material no puede surgir nunca un cuerpo vegetativo o animal, como lo enseñan antiguas y modernas ideas transmigracionistas. Desde el primer momento de la unión la coordinación de las dos

formas o maneras de ser (alma y cuerpo) es tan íntima y esencial que excluye la posibilidad de la transmigración" (Ph. Dessauer, *Die Seele des Menschen. Ihr Dasein vor dem Tode. Ihr Leben nach dem Tode*, München, 1948).

Según la *Sagrada Escritura*, el hombre es una totalidad formada por el cuerpo y el alma. Según ella, "el cuerpo no es un objeto que poseemos y que se halla fuera de nuestro propio ser; no es un mero fundamento natural ni un instrumento de que podemos disponer, pero que no forma parte de nuestra esencia. El cuerpo es la imagen viva de nuestro ser, la necesaria expresión de nuestra existencia individual, el lugar en que ha de realizarse el sentido de nuestra vida. Por eso, el cuerpo no debe ser considerado como cárcel del alma, ni se le ha de temer como si fuese un enemigo del espíritu. Pero tampoco ha de afirmarse con los materialistas que el cuerpo es el hombre propio y verdadero ni que la meta y sentido de la existencia sea lo corporal. Antes bien, el cuerpo con todas sus partes ha de ser considerado como soporte de la vida psíquico-espiritual, cuya nobleza consiste en ser imagen de Dios y en la capacidad de poder oír la voz divina" (Eichrodt, *Theologie des AT*, 76).

El cuerpo, expresión del alma.

2. La doctrina relativa a la unidad psíquico-somática del hombre posee *máxima importancia*. Están en oposición con ella, de una parte, la teoría más bien platónica que cristiana, influenciada por el maniqueísmo, que considera el cuerpo como cárcel o prisión del alma, y, de otra parte, la opinión opuesta, la que afirma que precisamente el cuerpo es el hombre propio y verdadero ("el cuerpo es más sabio que el espíritu": Nietzsche). Ni el cuerpo es el esclavo del alma, ni el alma es la esclava del cuerpo. El espíritu informa y estructura el cuerpo, pero no le oprime ni suprime. El espíritu se encarga de la dirección y se sirve de la materia, pero al mismo tiempo está al servicio del cuerpo. Las leyes físico-químicas no pierden su validez, pero quedan sometidas a las leyes del alma. Del hecho de la unidad y totalidad psíquico-somáticas se deduce que todos los procesos espirituales, el conocer, el querer y el amar, van acompañados de procesos somáticos y están condicionados por ellos (conocimiento sensorial, apetito sensorial). La vida espiritual, la sobrenatural, no constituye una excepción. Con el cuerpo se cansa y debilita el espíritu; en un cuerpo cansado, por lo general, le falta al

conocimiento fuerza y vitalidad, la voluntad carece de energía e impulso y el amor pierde su intensidad y apasionamiento.

Es cierto también que todos los fenómenos corporales, aun los inconscientes, se hallan sometidos a la ley del espíritu. Considerados desde el punto de vista fisiológico, presentan las mismas formas que en el animal; pero en realidad se trata de cosas totalmente distintas. En el animal, las formas fisiológicas realizan y manifiestan la vida del animal; en el hombre, esas mismas formas realizan y manifiestan la vida humana, que es, como ya dijimos, espíritu in-corporado.

Lo que antes dijimos sobre la relación dialógica que media entre el cuerpo humano y el cosmos tiene validez también con respecto al cuerpo y el alma. La influencia que el cosmos ejerce sobre el cuerpo y la que éste ejerce sobre el cosmos son, en definitiva, influencias del alma. El cuerpo es el mediador. El mundo ambiente afecta directamente al cuerpo. Las influencias externas se convierten en excitaciones del sistema sensorial y, a través del sistema nervioso, en contenidos y vivencias psíquicos (F. Büchner, *l. c.*, 422). Estas vivencias penetran en el espíritu y le inducen a obrar responsablemente. La actividad mediadora del cuerpo podría ser descrita de la siguiente manera: Según las investigaciones de Hassler, desde todas las esferas sensoriales parten vías nerviosas que se reúnen en el tálamo del diencefalo. En esta parte del cerebro se hallan sus centros de integración y desde ahí parten vías de proyección hacia la corteza cerebral. Incesantemente, pues, nuestro cerebro está en comunicación con el exterior y también con todo el cuerpo mediante órganos sensoriales internos. Al número de tales órganos pertenecen, según las últimas investigaciones, estructuras especiales de los órganos adenoides, que operan a modo de quimiorreceptores. Debido a la coherente coordinación de todas estas excitaciones, podemos formarnos una idea exacta de la realidad (Fr. Büchner, *l. c.*, 423). De este modo, el espíritu puede conocer el mundo y darle forma mediante actos libres y responsables. Las investigaciones modernas han puesto de manifiesto, con toda claridad, que las influencias que llegan hasta el alma a través del cuerpo no constituyen una coerción fatal. Esas influencias pueden producir cierta inclinación, pero no obligan ni coaccionan. El hombre se crea su propio mundo con amplia libertad de acción, sirviendo el cuerpo de mediador y sin que el cuerpo sea capaz de decidir nada por sí solo. No obstante, la influencia ejercida por el cuerpo sobre el espíritu es considerable. Desde el punto de vista médico, Fr. Büchner escribe lo siguiente (*l. c.*, 424): "De importancia decisiva en lo que concierne al contenido y el tono de nuestra vida psíquica es el eventual temple del cuerpo. Por ejemplo, se han podido observar considerables trastornos de la actividad espiritual y graves depresiones después de la extirpación operativa de la glándula tiroidea o cuando han quedado destruidas partes considerables de esa glándula como consecuencia de una inflamación. Las hormonas de las glándulas genitales masculinas y femeninas no sólo posibilitan el proceso biológico de la madurez sexual, sino que además despiertan nuestra sensibilidad y nos permiten percibir con clarividencia las peculiaridades psíquicas del otro sexo, haciéndonos capaces de amar y conocer al compañero de un modo esencial, con un amor y un conoci-

miento del que es incapaz el que no ha llegado a la madurez sexual. La íntima unión entre madre e hijo en el seno materno desarrolla fuerzas del corazón y del espíritu que sin la mediación de la maternidad corporal sólo llegan a la madurez a través de grandes dificultades. Del mismo modo, las modificaciones de nuestra corporeidad en el transcurso de las cuatro edades biológicas juegan un papel decisivo en lo que concierne a las peculiaridades del sentimiento de la vida y de la idea del mundo del niño, del joven, del hombre maduro y del anciano. Y los cuatro grados que atraviesa el *genus humanum* considerado como totalidad, son la presuposición de los cuatro grados de la conciencia, que van sustituyéndose sucesivamente en el transcurso de su historia." Véase también J. Goldbrunner, *Gesundheit und Heiligkeit*, München, 1947.

Por otra parte, la Revelación y la Ciencia testifican y confirman de diferente manera que la vida psíquica humana puede ejercer una influencia decisiva sobre las funciones y la salud del cuerpo. A través del cuerpo se apodera el alma del mundo, con el cual está unida por medio de ese mismo cuerpo. Sólo mediante los sentidos corporales entra en relación con el mundo. Y por medio de los sentidos puede salir de los estrechos límites espacio-temporales, puede captar aun los objetos más lejanos en el espacio, en el pasado y en el futuro.

De la unidad psíquico-somática de la naturaleza humana se deduce la importancia que tiene, en lo que concierne a la realización de la vida espiritual, el hecho de pertenecer a una raza, a un pueblo, a una familia.

El cuerpo lleva grabada la especial estructura del alma, siendo por eso *expresión del espíritu*. En lo sensual y corporal, en el semblante y en los gestos del hombre, aparece visiblemente el alma invisible, la oímos en la voz corporal; la palpamos, en cierto modo, en el apretón de manos. Todo el exterior refleja la interioridad entera, y lo exterior y sensual condiciona las modalidades del interior. Esto tiene validez tanto en lo que concierne al orden natural como en lo que se refiere al orden sobrenatural. La interioridad se manifiesta en la tensión de los nervios y músculos, en los movimientos y ritmos, en el porte y el comportamiento, en el descanso y la quietud (D. Feuling, *Katholische Glaubenslehre*, 1937, 188; W. Schöllgen, *Die Leib-Seele-Ganzheit Mensch in heutiger Psychologie*, en *Das Bild vom Menschen*, editado por Th. Steinbüchel y Th. Müncker, 1934, 160-73). Lo sobrenatural se manifiesta también de algún modo en el semblante corporal (véase Schamoni, *Das wahre Gesicht der Heiligen*, 1950³). Es cierto que en la vida de peregrinación no llega a estructurar e informar la materia de tal modo que pueda de-

cirse de ella que es un fiel espejo de lo espiritual. En el exterior del hombre, en su semblante y en sus manos no se puede descubrir con seguridad y sin ambigüedades la estructura interna, la orientación del pensamiento y de la voluntad, y mucho menos puede descubrirse ahí la estructura sobrenatural del hombre (véase Picard, *Grenzen der menschlichen Physiognomik*, 1937).

Tiene, pues, sus correspondientes *límites* el poderío que el espíritu ejerce sobre el cuerpo. La razón de ello es bien obvia. Debido al pecado, como ya veremos en otro lugar, han surgido entre el cuerpo y el alma innecesarias oposiciones y contradicciones, de tal modo que la materia se resiste a ser informada por el espíritu. Además, la fuerza misma del espíritu ha quedado debilitada a consecuencia del pecado, de tal modo que ya no pueda dominar a la materia resistente. En el libro arriba citado, Dessauer hace referencia al hecho de que la materia que ha de ser informada por el espíritu queda ya preformada en la concepción por factores hereditarios de las generaciones anteriores. De ello resulta que el alma humana encuentra una materia de antemano organizada. Esto explica que lo material pueda oponerse a la voluntad estructurante del alma mediante las disposiciones heredadas. El alma no puede desarrollar sin trabas su poderío.

Pero llegará el día en que las trabas y obstáculos *serán superados*. Una vez terminado el tiempo cósmico actual, el eón de la muerte, y a partir del comienzo del nuevo eón, después de la resurrección de los muertos, el alma podrá desarrollar sin traba alguna su potencialidad y podrá manifestarse completamente en el cuerpo. Entonces la materia informada por ella comenzará a ser cuerpo perfecto. *Cuerpo perfecto, totalmente informado por el espíritu, es el cuerpo de la resurrección*. En el Cristo resucitado ha aparecido ya esta forma corporal perfecta. Cristo es el modelo del hombre futuro.

En el transcurso del tiempo terrestre, el alma ha de ejercitarse en el dominio sobre el cuerpo, el cual, como ya hemos dicho, alcanzará en el futuro su pleno desarrollo. Mientras tanto, la unión con el cuerpo del eón de la muerte la parecerá ser un encarcelamiento. La filosofía platónica, el neoplatonismo y el gnosticismo, basándose sobre la experiencia de los obstáculos que el cuerpo opone al alma, han deducido la falsa consecuencia de que ambos se hallarán en la relación de prisión y prisionero. La unión entre ambos es, en realidad, mucho más íntima. El cuerpo es efectivamente cuerpo del alma. Los órganos del cuerpo han sido formados por la fuerza plástica del alma. Las desfiguraciones, las enfermedades, los

defectos y deficiencias corporales se derivan de la oposición que el cuerpo opone al alma, de la impotencia y debilidad del espíritu, de la resistencia opuesta por la materia corporal preformada, siendo el pecado origen remoto de todas estas cosas. Pero la oposición, la debilidad y la resistencia desaparecerán con la forma caduca de este mundo; en el eón futuro, la armonía será perfecta y el alma podrá desarrollar sin traba alguna su dominio y soberanía.

La personalidad humana

3. El hombre es *persona* en virtud de su in-corporada espiritualidad (véase § 58 y § 125). La persona no es el espíritu, sino el hombre entero, aunque en virtud de la espiritualidad. La persona, el yo, es el fundamento profundo de toda la actividad de la naturaleza humana (véase el tratado sobre la unión hipostática y el tratado sobre la gracia; véase H. M. Christmann, *Lebendige Einheit*, 1938, 106-20).

La *Sagrada Escritura* emplea frecuentemente la expresión *corazón* para designar la personalidad humana: *Ps.* 16, 9; 22, 27; 73, 26; 84, 3. Según las descripciones de la Escritura, el corazón es, en cierto modo, el lugar donde se juntan y se compenetrán de la manera más íntima el cuerpo y el alma. El corazón es el centro vital en que el yo humano se posee a sí mismo, es la interioridad donde se encuentra a sí mismo y de donde surgen todas las decisiones. Podemos figurarnos la naturaleza humana a modo de un conjunto de estratos ontológicos entrelazados. Si la pensamos como realidad estratificada desde fuera hacia adentro, entonces el corazón será el centro interior donde se juntan todas las fuerzas humanas; si la pensamos como realidad ordenada desde arriba hacia abajo, entonces el corazón es el estrato profundo hacia donde tienden y de donde salen todas las fuerzas del hombre. De este modo, conforme a las descripciones de la Escritura, el corazón es la unidad formada por el cuerpo y el espíritu. El corazón no es otra cosa que el espíritu en cuanto que éste llega hasta las fibras vitales del cuerpo, sin perder por eso su propia sensibilidad (R. Guardini, *Christliches Bewusstsein*, 1936, 177).

Innumerables veces la Escritura emplea en este sentido la palabra *corazón*, testificando de este modo la totalidad psíquico-somática del hombre. Destaquemos aquí otros detalles. En el corazón habitan el ánimo y la valentía. Con el corazón el hombre se mantiene

firme ante los peligros. En el corazón nacen los cuidados, el heroísmo y la alegría. La pena y el dolor están en las paredes del corazón. En el corazón viven los sentimientos y pasiones, los deseos y los anhelos; sobre todo, el amor. El corazón percibe los valores. Del corazón vienen también los pensamientos, las imaginaciones, los juicios. En el corazón se halla la fuente de los proyectos y de las decisiones. El corazón es, especialmente, el órgano con que el hombre tiende hacia Dios, y es también el órgano con que el hombre niega a Dios en la impiedad. Dios habita en el corazón del hombre que cree en él. Dios transforma al hombre comunicándole un nuevo corazón. Véanse los textos correspondientes en Kittel, *Wörterbuch zum NT*, III, 609-16. En lo que concierne el corazón considerado como centro, respectivamente, como interioridad o como profundidad, donde tiene lugar el encuentro entre Dios y el alma, véanse: *Lc.* 16, 15; *Rom.* 5, 5; 8, 27; 2, 15; 10, 9; 6, 17; *II Cor.* 1, 22; 4, 6; *Col.* 3, 15; *II Thess.* 3, 5; *Phil.* 4, 7; *I Tim.* 1, 5; *II Tim.* 2, 22).

Estas ideas relativas al corazón humano, en las cuales se testifica la unidad psíquico-somática del hombre, han sido propagadas en la Cristiandad por San Ignacio de Antioquía, San Agustín, San Bernardo, San Buenaventura, Santa Isabel de Turingia, Santa Gertrudis, San Francisco de Sales, Pascal, Newman y otros (Guardini, *l. c.*).

4. Si una de las partes del conjunto humano, sea el espíritu o sea el cuerpo, llegase a independizarse, ello estaría en contradicción con las exigencias de la totalidad, que es el ser humano. Este comportamiento se parecería al fenómeno que observamos en la vida corporal cuando una célula o un grupo de células se desprende del conjunto, sigue creciendo autónomamente, pulula desordenadamente y llega a destruir todo el organismo (cáncer). Algo parecido sucede, por ejemplo, cuando el cuerpo es considerado como instrumento de placer y no como instrumento que ha de servir a la abnegación del yo. Lo mismo cabe decir de los casos en que la fuerza humana se paga meramente de acuerdo con las exigencias de la oferta y la demanda, como si fuese fuerza animal o mecánica, sin considerarla como parte de un yo personal que posee dignidad, derechos de autonomía, un sentido propio y también propia finalidad existencial.